
El caso de Sandra

El principio de la historia: el reloj Seiko de esfera gris como el acero

Sería el segundo o el tercer fin de semana de abril de 1972, poco después de la madrugadora Semana Santa de ese año, cuando me reuní con mis amigos Javier y Jorge para pasar la tarde sin otro plan que esperar los acontecimientos. Quedamos a la puerta del colegio en el que los tres estudiábamos. Éramos parte de un grupo de doce amigos que se formó en sus aulas y que ha resistido con firmeza el embate del tiempo manteniéndose unido. Después de un corto paseo sin rumbo determinado llegamos a la calle del Pintor Rosales. Allí nos encontramos con dos muchachas a las que no conocíamos que caminaban hacia donde estábamos nosotros y cuya belleza era imposible que pasara inadvertida. Los tres abordamos a la indefensa pareja como lo haría un trirreme griego. Seguramente Jorge haría de espolón de proa. En las atropelladas presentaciones Sandra no desaprovechó la ocasión para descubrirnos un hecho de su vida que debía ilusionarla. Nos comentó que había intervenido junto a su amiga en una película: *El otro árbol de Guernica*. Este tema pudo haber proporcionado un poco de combustible al diálogo iniciado y evitar que decayese rápidamente, pues el papá de Jorge había sido el director de fotografía de esa película. Pero estuvimos cortos de genio o aquello era un festival de tímidos y dejamos escapar tan favorable oportunidad.

Cuando la despedida parecía inevitable sin que el asalto nos hubiese reportado ningún botín, sucedió un hecho inesperado. Desde el barco abordado se inició un contrafuego en toda regla. Sandra mostró un súbito interés por mi reloj de pulsera y me lo pidió prestado. Me vi entonces completamente desarbolado por su arrebato y, tras unos instantes de titubeo, acabé entregando mi reloj de pulsera a una muchacha a la que diez minutos antes no conocía de nada. Fue un préstamo sin garantías y sin intereses que tendría años más tarde un retorno incalculable. El reloj era un modelo de comienzos de los años setenta de la marca japonesa Seiko que me había regalado mi padre. A veces, cuando los rayos de luz incidían con determinada inclinación en su esfera de acero, unos conos de un brillo intenso giraban a gran velocidad sobre el disco. A mí me gustaba este efecto óptico, que por alguna razón inexpresable asociaba al brusco cambio de dirección de nerviosos caballos de raza lanzados en carrera.

Uno piensa que un reloj de pulsera de gran venta no debería tener más pretensiones que dar la hora con razonable puntualidad y exhibir una línea agradable, pero éste no se quedó ahí y mostró una imponente autoridad cuando atrajo a Sandra de manera irresistible desde el mismo instante que nos conocimos. Ya en ese primer momento la muchacha debió vislumbrar que algún día el reloj sería su fiel mensajero. Dueño y señor del tiempo, pasados poco más de cinco años desde que imprimió su

sello en el primer encuentro con Sandra, el reloj detuvo para siempre su marcha estrellándose contra el suelo la noche que se estrelló la estrella fugaz. Estas coincidencias suelen considerarse una casualidad. Parece absurdo que un objeto cualquiera tenga la posibilidad de conocer la duración exacta de una vida. Una cosa es admitir los efectos artísticos que producían los rayos de luz cuando incidían con determinado ángulo en la esfera del reloj y otra muy distinta atribuirle un conocimiento absoluto, un alma, a un objeto.

Por distintos que nos puedan parecer el alma y los relojes, Leibniz no encontró una imagen mejor para el alma que considerarla la manecilla o puntero de un reloj de cuco, que señala las horas mientras las toca el cuerpo. Cuando la manecilla del alma se detiene, el cuerpo deja de dar las horas. Se apaga su vital *cu cú*. Lo extraño de este caso es que el alma habría ignorado que Leibniz hablaba metafóricamente y decidió cosificarse en las manecillas de un reloj de pulsera. El alma se vestía con la apariencia que imaginó Leibniz para, de esta guisa, ingresar en el mundo fenoménico y hacer tangible su metáfora¹. El reloj Seiko de esfera gris como el acero dejó de dar las horas cuando Sandra nos abandonaba. Pronto nos llegaría su aviso de que solo lo haría por un rato.

Los últimos días de Sandra Mozarovski

- Día D-8, martes 16 de agosto de 1977. Un encuentro ruinoso

La ruina existencial de aquel encuentro con Sandra me forzó a buscar una salida de emergencia. Solté lo primero que me vino a la cabeza para rasgar el silencio oprimente que nos fijaba a los asientos del auto mientras avanzábamos por la autopista sin saber hacia dónde. La desesperación habló por mí para decirle a la muchacha:

- Podríamos pasar un par de días en la montaña.

Fui el primer sorprendido de mis propias palabras. Sandra no debió responder ni que sí ni que no, por lo que deduciría que tal vez quiso decir que sí. De vuelta a su casa hacia la medianoche barnicé un poco la absurda propuesta de salir de camping con una amiga con la que por entonces apenas tenía trato.

- *Deberíamos hablar la semana próxima para hacer los arreglos del viaje, subir a la montaña es un poco más complicado que alojarse en un hotel. Te llamo y ahí vemos.*

Tampoco esta vez me quedó clara la respuesta de la muchacha. Con un poco de suerte, ella habría recuperado su habitual buen ánimo cuando la llamase por teléfono para concretar el plan. Entonces

¹ Aunque la metáfora del alma de Leibniz se extrajo de *Micromegas* de Voltaire, Jung se había fijado en ella (Jung & Pauli, 2012, pág. 113). En nota a pie de página se indica que Leibniz pudo tomar la idea de los relojes sincronizados del filósofo flamenco Arnold Geulincx (1625-1699) quién escribió: “*horologium voluntatis nostrae quadret cum horologio motus in corpore*” (El reloj de nuestra voluntad debe ajustarse con el reloj del movimiento del cuerpo).

me daría una razón cualquiera que le hiciese imposible pasar un par de días en la montaña con un tipo del que se había desligado tres años antes y asunto concluido. Yo habría cumplido mi parte haciendo algo desesperado para desatracar una situación inexplicable en un encuentro sin otro propósito que el de charlar un rato entre antiguos amigos y ella reaccionaría a tiempo para fulminar mi peregrina propuesta.

Las cinco o seis horas que pasamos juntos aquel 16 agosto de 1977, en el que nos reunimos a media tarde para ir primero al cine y buscar después algún lugar donde cenar, concluyeron sin que hubiésemos bebido un simple vaso de agua. El desdén que Sandra mostraba esa noche a mis propuestas de sitios para cenar o tomar algo fue mucho más claro que sus respuestas a mi ofrecimiento de pasar un par de días en la montaña.

Aquella noche, mientras cruzaba Madrid con el estómago vacío en dirección a mi casa después de haberla dejado en la suya, no dediqué ni un minuto a reflexionar sobre la magnitud del cambio que había experimentado Sandra. No me detuve a comparar el ruinoso encuentro del que me alejaba con el del verano anterior que había resultado glorioso. Aquella otra tarde un buen amigo me prestó su Citroën 2 CV y paseamos por el centro de Madrid en el descapotable proletario. Ella estuvo animada y yo me hallaría dopado de vanidad exhibiéndome junto a una chica tan guapa, disfrazado de estudiante progre. Pero ahora Sandra se veía superada por un problema que no se atrevió a contarme lo que la hizo enmudecer y yo no tuve la menor intención de andar con averiguaciones.

El tiempo aquel mes de agosto fue atípico. Muchos días las nubes protegieron la ciudad del inclemente sol que asola Madrid en agosto y la temperatura fue bastante fresca. Mi amigo Javi me ha comentado estos detalles que para la mayoría de la gente son imposibles de recordar pasados unos pocos años y para una amplia minoría desde el día siguiente. El tiempo amable hizo posible que muchos días ambos nos juntásemos a media tarde en las pistas deportivas de la ciudad universitaria para jugar al tenis. Otros años este mismo plan en Madrid sería simple masoquismo.

En esos días y en esas mismas pistas de tenis conocería a una chica chilena que jugaba con su amiga peruana en la cancha contigua a la nuestra. Pese a llamarse Delia no era originaria de la isla de Delos, que emergió del mar para que Leto tuviese un pedazo de tierra en el que dar a luz a Ártemis y a su hermano mellizo Apolo. La mitología griega también ofrece una versión alternativa del origen de esta isla según la cual Asteria, la titánide de las estrellas fugaces, se arrojó al mar para evitar el acoso de Zeus y se convirtió en la isla de Delos al estrellarse contra el agua. Para algunos filósofos los mitos serían relatos de verdades fundamentantes de la realidad. Delia no había nacido en esta isla mediterránea sino en otra en el extremo austral del planeta habitado, en la Isla Grande de Tierra del Fuego. En la ciudad de Porvenir, un nombre que cristalizaba los sueños de hacer fortuna en los placeres auríferos de la zona, de quienes levantaron esta remota ciudad chilena a finales del siglo XIX.

- Día D-1, martes 23 de agosto. Una mentira diminuta que dio paso a una timba interminable

El martes veintitrés, pasados siete días del frustrante encuentro previo, llamé a Sandra por teléfono. Sumergido en una especie de nirvana vacacional que congeló mi capacidad de idear, no había movido un dedo para planear en ese plazo una excéntrica excursión a la montaña. El único gasto en este asunto fue inventarme una excusa para posponer la reunión en la que debíamos revisar los preparativos. La nueva respuesta de Sandra no se apartó apreciablemente de lo que había visto la semana anterior. No creo que el retraso le decepcionase, pero tampoco aprovechó la oportunidad para zanjear un viaje irrealizable. Lo más que alcanzó a decir fue:

- Ya, bueno.

Su situación parecía no haber mejorado en la semana transcurrida.

Mi desinterés por tener un nuevo encuentro con Sandra no sería solo consecuencia de hallarme férreamente sometido ese agosto a la ley del mínimo esfuerzo. También influiría en mi comportamiento la profunda convicción de que mi tiempo cerca de Sandra había concluido justo tres años antes, en agosto de 1974, al momento de despedirnos en Torremolinos donde ella estaba de vacaciones con su familia. Lo cierto es que durante la semana que transcurrió entre nuestro encuentro y mi posterior llamada telefónica no hice ningún plan para pasar un par de días de montaña. Dejarse dominar por la pereza y no tener la menor gana de andar con planes no tendría la menor importancia en vacaciones. Lo grave fue que en esos siete días tampoco me detuve un instante a pensar en el difícil momento que parecía atravesar la muchacha.

Habíamos pasado juntos un periodo de tiempo que se ajustó con bastante precisión a la duración de mi primer año de universidad, el curso 1973-74. En alguna carta que me escribió Sandra en ese periodo ella criticó mis dudas metafísicas sobre el futuro de nuestra relación. Pero no hacía falta ir a la universidad para comprender que en cuanto acelerase su carrera cinematográfica, como sucedió por aquellas fechas, nuestras vidas se separarían para circular por mundos paralelos. Desconozco totalmente como fue el suyo de actriz de gran éxito, que intervino con creciente protagonismo en más de veinte películas entre cine y televisión en esos tres años. Mi mundo de estudiante universitario fue muy grato. Mientras yo me recluía en él, Sandra tendía de cuando en cuando un puente entre nuestros mundos paralelos con cariñosas postales enviadas desde el lugar en el que estuviese rodando. Tampoco dejó de llamarme aquellos veranos para que nos viéramos un rato. Cuidaba de la conservación de nuestra amistad con sus citas puntuales para ponernos al día de cómo nos iban las cosas, aunque ambos cuidábamos mucho no entrar en detalles.

Pero aquella última tarde nada salió conforme a lo previsto. Mientras rechazaba todos mis planes para ir a cenar o tomar algo, dejó caer el comentario, como un presagio, de que en esos días lo que más le atraía era perderse en la noche haciendo kilómetros por carretera. Bastante superado yo también por la situación decidí atender su deseo aunque sin el menor entusiasmo. Nos alejamos de Madrid por la carretera de la Coruña con el único propósito de recorrer algunos kilómetros. Antes de llegar al túnel de Guadarrama dimos media vuelta. En algún momento de ese viaje sin gracia ni sentido le propuse

pasar un par de días en la montaña. Debí pensar que así oxigenaría el ambiente enrarecido que se respiraba en el interior del automóvil. No pasaron muchos días hasta que ella se perdió para siempre en la noche.

El veintitrés de agosto, después de inventarme una excusa para posponer la reunión en la que debíamos revisar los planes de un viaje imposible, me juntaría en la noche con mis amigos. En buena lógica la mayoría de los jóvenes del planeta y un porcentaje aún mayor de los no tan jóvenes hubiese hecho cualquier cosa por pasar unas horas con Sandra. En cambio, yo me escabullí de un nuevo encuentro y convoqué a los amigos a una timba nocturna. Javi y Paco llegaron primero. Juan llegó cerca de la medianoche en una motocicleta Vespino de color blanco. Cuando bajé a la calle para abrirle la puerta del garaje, un impulso de baja intensidad, pero difícil de resistir, me hizo pedirle la motocicleta y hacer las maniobras de aparcamiento. Descendí la empinada rampa con precaución, como precavido fue mi desplazamiento por el bosque de columnas de un garaje pobremente iluminado. Juan me siguió con paso rápido a escasa distancia. Cuando estaba a punto de detenerme, la rueda delantera debió pisar alguna mancha de aceite o de grasa del pavimento. De manera imprevista, con la maniobra de aparcamiento casi finalizada, lentamente, suavemente, sin ninguna violencia, la motocicleta y el motociclista acabaron dando contra el suelo. Juan se acercó entre risas seguro de que nada grave había sucedido.

Mientras subíamos a casa en uno de los ascensores del edificio dispuse de mejor iluminación y pude comprobar que los daños personales se limitaban a haberme ensuciado las manos. Un motivo adicional para seguir bromeando sobre el accidente. Pero al girar el reloj para deshacer la rotación que había invertido su posición en mi muñeca, advertí que el cristal que protegía su esfera se había trizado y las manecillas se habían detenido. La exclamación que me arrancó este daño, que inicialmente me pasó inadvertido, careció de originalidad. En cambio, no sabría cómo expresar la extraña sensación que me invadió al momento de contemplar la esfera estrellada de mi reloj Seiko. Me pareció que el mundo se desplazaba levemente de su eje. Que se dislocaba por un instante. Esto sucedía hacia la medianoche del día 23 de agosto.

La partida de póker no se prolongó mucho tiempo porque ninguno queríamos correr el riesgo de perder una cantidad importante de dinero. Ese mes las fuentes ordinarias de financiación de los jugadores estaban cerradas por las vacaciones paternas. Pronto se cambió el póker con cartas por una modalidad de póker con dados llamada el mentiroso en la que no se apuesta dinero. La recompensa en este juego proviene de la habilidad para mentir sin ser descubierto sobre la jugada que esconde el cubilete y del vértigo del azar. Era un juego bastante apropiado para una reunión que había propiciado una mentira diminuta. Poco después las mentiras anegarían lo sucedido aquella noche.

Tuvo que ser el refrigerador vacío lo que nos llevó a interrumpir el juego en mi casa. Bien entrada la noche, para no desfallecer de hambre, el generoso Juan propondría que fuésemos a la suya situada en la plaza de San Bernardo o de Ruiz Jiménez, en un original edificio de estilo brutalista que diseñó el arquitecto Fernando Higueras con la colaboración de Antonio Miró. Allí continuamos la partida. Cuando se hizo de día, mientras el temprano sol dejaba a contraluz los rostros de mis amigos, hubo

algún instante de una profunda calma en el que me pareció que el juego se desnaturalizaba, porque de algún modo podía entender cómo se disponían los dados dentro del cubilete. En medio de una gran quietud, creí percibir un destello del evasivo secreto del azar. Una sensación que se disipó en poco tiempo y que obviamente no me proporcionó ventaja alguna sobre los demás jugadores. De este modo fugaz y silencioso, con dos profundas incisiones que me dejaron una sensación parecida al sutil aliento de la verdad, aquella noche se anclaron firmemente en mi memoria el cristal estrellado de un reloj y el rodar de los dados.

- Día D, miércoles 24 de agosto. Accidente mortal de Sandra

En la madrugada del miércoles 24 de agosto, o quizá en las últimas momentos del día anterior, mientras ajenos a cualquier preocupación un grupo de amigos pasaba largas horas jugando a los dados, en algún punto desconocido de la ciudad un accidente acabó con la vida de Sandra. La misma combinación de azar y mentiras de nuestro juego la hallaríamos en el final de mi amiga. Por esos días, el doctor Llauradó, convertido en portavoz de la situación clínica de Sandra y que fue anestesista de Franco lo que permite suponerle una elevada lealtad a la jefatura del Estado, comentó a la revista *Semana* que Sandra ingresó en reanimación de la ciudad sanitaria Francisco Franco a las 2 horas y 5 minutos de la madrugada del día D. Este dato fijaría un límite a la hora más tardía en que se habría producido el accidente de la que deberían descontarse varios tiempos, como el empleado en asistirle o en trasladarla al hospital. Sin la menor intención de convencer a nadie pienso que mi accidente con la motocicleta y el de Sandra se sincronizaron. Estaríamos entonces en los minutos alrededor de la media noche del día 23 de agosto. Pero no se ve la necesidad de extremar la precisión horaria y se supondrá que el día D, sin hora H, del caso de Sandra fue el 24 de agosto.

Muchos años más tarde, después de recorrer un camino sinuoso, la investigación de los acontecimientos de aquella noche se detendrá en el juego de dados, símbolo universal del azar. Me ha parecido comprender que las misteriosas coincidencias en las que me vi envuelto hacia el final de la vida de Sandra acercaban a un secreto que El Viejo guarda celosamente. La partida de dados se habría prolongado todo el tiempo necesario hasta que mostré las primeras señales de haber asimilado unas nociones básicas.

Pero ahora se exploran las circunstancias más probables del final de Sandra que habría sufrido un accidente mortal al estrenarse el día D.

- Día D+1, jueves 25 de agosto. Bajo el foco de los servicios de inteligencia

Aquella partida de dados se extendió unas diez horas, con una interrupción que no llegaría a los treinta minutos, para abandonar mi desabastecido domicilio y trasladarnos a la casa de Juan. Una nevera exhausta debió ser determinante para que venciésemos la fuerte resistencia a cambiar de garito una vez que se inicia una timba. Fue una duración inusual en un juego en el que no hay ganancias que acumular ni pérdidas que enjugar. Luego volveríamos a nuestras casas a dormir el resto de la mañana. No creo posible haber recibido ninguna información ese mismo día veinticuatro de agosto de la grave situación que atravesaba Sandra. Después de mi excusa del día anterior debí suponer que no tendría ningún nuevo contacto con ella por unos días. Por otra parte, la prensa no daría la noticia del accidente hasta el día veintiséis de agosto y supongo que ni la radio ni la televisión informaron de él. Por entonces todas las emisoras de radio conectaban con Radio Nacional, que estaba en las mismas manos que la televisión, para emitir al unísono el “diario hablado”. No sería hasta algunos meses más tarde que el monopolio gubernamental de los noticieros se abriría para dar entrada a otras emisoras.

Tuvo que ser durante la mañana del día D+1, el veinticinco de agosto, cuando me llegó la primera información del grave accidente de Sandra. Una joven que se identificó como periodista, a la que conocía vagamente por haber coincidido pocos meses antes en una terraza tomando algo con amigos comunes del entorno universitario, me llamó y me informó del grave accidente que había sufrido Sandra. No tuve suficientes reflejos para preguntar cómo había conseguido mi número de teléfono, ni cómo supo de mi pasada relación con Sandra, tema del que nunca hablaba. Pude pensar que estas cosas eran minucias para una periodista.

Con la urgencia apropiada al caso quedamos citados ese mismo veinticinco de agosto a primera hora de la tarde. La periodista vino a casa a hacerme una entrevista acompañada de un fotógrafo. Trabajaban para la revista *Semana*. La fecha anterior aparece escrita a lápiz en los estuches de cartulina de unas diapositivas que guardo de aquella sesión de fotos. Durante la misma se produjo un hecho curioso. En un momento determinado, el fotógrafo cayó en la cuenta de que en alguna de las fotos que había tomado podía verse la portada de la revista de contenido político *Triunfo*. Entonces, con la instantaneidad de un reflejo condicionado, extrajo de su mochila un ejemplar del diario *Pueblo* con el que tapó o asfixió la revista indecorosa. Aliviado por haber recuperado el control de la escena, el fotógrafo siguió haciendo su trabajo sin dar explicaciones. Una revista con ideas de izquierda le había producido una reacción alérgica. En cualquier caso el fotógrafo fue amable conmigo al entregarme varias diapositivas que tomó aquella tarde. En los marcos de cartulina quedó constancia de que fue el día D+1 cuando se realizó la entrevista en mi casa.

A modo de santo y seña para franquear mi entrada al club de amigos de Sandra proporcioné a la entrevistadora los datos de la película que habíamos visto la semana anterior. El tiempo demostraría que ese club tenía muy pocos socios y muy dados a guardar silencio. También aproveché la primera oportunidad que se me ofreció para decirle a la periodista lo que no me atrevía a decirle a Sandra a la cara: que no debía hacer ese tipo de cine. En esto al igual que en otras muchas cosas estaba profundamente equivocado, pues ese tipo de cine era casi todo el cine que se hacía en nuestro país.

En la entrevista no hubo lugar a la más leve especulación sobre el motivo fundamental que justificaba la reunión que mantuvimos en mi domicilio: el grave accidente de Sandra el día anterior en la terraza de su casa. Al no hablarse de las circunstancias que pudieron envolver tal suceso a las pocas horas de haberse producido, la entrevista careció de una lógica comprensible y resultó fría y desangelada. Cuando esto sucedía, la tarde del veinticinco de agosto, aún no se había publicado ninguna noticia del accidente de la muchacha. Sería al día siguiente cuando los medios de prensa informaron del suceso.

Es de una ingenuidad insoportable suponer que la celeridad en pedirme una entrevista se debiese a la urgencia por dar noticias del suceso. En aquellos días en los medios dominaba la obediencia, las prisas debían esperar lo que fuese necesario. Aunque ya se habían logrado algunos avances en la libertad de prensa, el control de la información, un objetivo de la política estatal explícito y esencial en el inmediato pasado, seguía plenamente vigente.

¿Cuál fue el destino de mi urgente entrevista en el temprano día D+1? *Semana* no publicaría ni una triste línea sobre Sandra en el número del 27 de agosto y tampoco en el del 3 de septiembre. Mientras la muchacha caminaba por un estrecho sendero entre la vida y la muerte, la revista no se dio por enterada de su accidente. No puede decirse que Sandra fuese una desconocida en este medio, pues el número del 20 de agosto, sólo cuatro días antes del accidente, traía en portada una fotografía suya. No será hasta el número del 10 de septiembre que Sandra se asome de nuevo a sus páginas y se informe de su accidente. Pero entonces...

¿Por qué se acercaron a mí con tanta urgencia y para hablar del tiempo? Casi nadie debía saber que nos habíamos visto la semana anterior y que habíamos hablado brevemente por teléfono algunas horas antes del accidente. Al divagar con la periodista sobre unos pocos asuntos genéricos e intrascendentes pondría de manifiesto mi ignorancia en todo lo relativo a las causas del accidente y que Sandra no me habría revelado aquello que tanto parecía preocuparle en las horas que pasamos juntos la semana anterior.

Para ser la primera y última entrevista que concedía a la prensa del corazón el resultado final fue espléndido. Esa tarde habría superado con las mejores calificaciones una especie de examen inverso en el que convenía demostrar el máximo de ignorancia sobre los últimos pasos de Sandra. Para evitar que cometiera errores inoportunos ella permaneció callada como una esfinge durante el encuentro de la semana previa. Pero no debo restarme méritos, yo también habría participado en el éxito de la prueba siendo incapaz de mostrar el mínimo de sensibilidad necesario para preguntarle a mi amiga cuestiones elementales como: ¿te encuentras bien?, ¿qué te abruma?

Ahora veo con claridad que las prisas para meterse en mi casa no tuvieron otro propósito que tirarme de la lengua cuanto antes y conocer lo que podía haberme contado la vigilada Sandra, en nuestro encuentro de la semana anterior a su accidente. La breve conversación telefónica que habíamos mantenido la mañana del día D-1 podría carecer de secretos para ellos. Debió ser un alivio para los servicios de inteligencia comprobar el hermetismo de la muchacha. El cristal trizado de mi reloj me trajo noticia de su accidente y quizá también señaló alguna de las circunstancias en las que se produjo.

Pero era la intervención de los servicios de inteligencia del Estado lo que perfilaba en buena medida estas circunstancias al convertir el caso de Sandra en un caso de Estado. Un ámbito sumamente restringido.

- Día D+2, viernes 26 de agosto. Los servicios de inteligencia me dan prioridad sobre la familia de Sandra. La prensa informa

El examen del día día 25, en el que obtuve las mejores calificaciones demostrando con rigor una ignorancia supina de todo lo relacionado con la vida de Sandra, tuvo una segunda sesión al día siguiente. Debí salirme todavía mejor que el anterior y recibí premios de extraordinaria importancia.

En la mañana del viernes 26 la periodista Mayte Valdeón me llamó nuevamente por teléfono y me propuso visitar a Sandra en el hospital. Por propia iniciativa nunca hubiese dado ese paso, pero todas las iniciativas cayeron de su lado. Quedamos en verno de inmediato para ir juntos a la unidad de vigilancia intensiva del hospital Francisco Franco. De forma totalmente inmerecida, sin más esfuerzo que no hacer ningún esfuerzo, gracias al celo de los servicios de inteligencia, tuve el privilegio de despedirme de Sandra cumpliendo venerables ritos.

Después de recibir del doctor al cuidado de los ingresados unas breves y precisas indicaciones sobre la gravedad del estado de Sandra, me introduje en la sala y me dirigí hacia la cama en la que yacía. Conservo en la memoria la intensa sensación que me golpeó tan pronto crucé la puerta de acceso. En *Escribeme si puedes* la equiparé a una bofetada de serena alegría. Luego cambiaría la bofetada por una efusión de un aliento fresco y ligero. Pero un escéptico siempre podría refutar esta impresión tan espiritual y suponer que lo que sentí fue un reconfortante chorro de aire acondicionado un caluroso día de agosto. Es aún muy pronto para gastar energía en estos asuntos.

Una sábana blanca cubría el cuerpo de Sandra hasta el cuello. Tenía los ojos cerrados y la expresión serena. No vi ninguna señal de impacto externo en su cara. No vi heridas profundas ni superficiales que alterasen las perfectas simetrías de su rostro, que conservaba su belleza. Tampoco la cabeza tenía vendajes de ningún tipo que cubriesen la cara o el cuero cabelludo. Unos discretos tubos de plástico que se introducían en sus orificios nasales para mejorar su oxigenación eran la mínima parafernalia hospitalaria que pude observar. Incluso su hermoso pelo, al que lorquianamente comparé con la cola de un caballo grande, se mantenía ordenado sobre la almohada. El color morado de su piel, con islas violáceas, confirmaba las sombrías expectativas que nos había comentado el doctor que nos atendió al llegar. La muerte anunciaba en los colores del rostro de Sandra su inminente llegada. El doctor Llauradó informaría a la revista *Semana* que las graves fracturas que presentaba en la parte posterior e inferior del cráneo produjeron que cesara su actividad cerebral desde el momento del accidente.

Sin decir nada, sin pensar en nada, sin sentir nada, estuve pegado al costado izquierdo de Sandra un tiempo considerable. Mi parálisis debió desorientar al amable doctor que nos había recibido y acabó pensando por mí. Decidió que desearía darle a Sandra un beso de despedida. De haber tenido oportunidad de auscultar mis pensamientos o mis emociones se habría topado con el más absoluto silencio. El doctor se acercó y levantó un extremo de la sábana lo que dejó al descubierto el brazo de Sandra. Me parece recordar que fue él quien depositó la mano de Sandra entre las mías. Tampoco había ningún rastro de herida ni cicatriz en su costado izquierdo que conservaba su coloración natural. Sin dificultad alguna pude atraer hacia mí su mano izquierda y despedirme con un beso. Años más tarde me fijé en las semejanzas entre esta escena y otra más ligera que se narra en el capítulo XXI de la segunda parte de *Don Quijote*. Pero esta vez el nuevo Basilio no tuvo que hacer el menor esfuerzo para tener entre las suyas las manos de una renovada Quiteria. Todo mi gasto para solemnizar una despedida tomando la mano de Sandra entre las mías se redujo a mantenerme quieto en pie sin dejar de respirar pero sin pensar ni sentir.

En *Escribeme si puedes* cuento también la enorme extrañeza que me produjo la visita a la unidad de vigilancia intensiva. De un modo fluido, sin esfuerzo, sin tener que hacer preguntas ni tener que esperar respuestas, sin titubeos, Mayte, que parecía dominar los secretos del laberinto, me condujo por salas, pasillos y ascensores de un hospital público de mastodónticas dimensiones. Las puertas se abrían antes de empujarlas, los doctores se acercaban a darme ponderadas explicaciones sobre el estado de Sandra y cuando me veían parado interpretaban mis pensamientos. Incluso en el inhóspito territorio de una UVI la realidad se tomó el día de descanso y todo siguió fluyendo. Ni rastro de las tensiones, dificultades y negativas que suelen encontrar las personas que visitan a un ser querido ingresado en una de estas unidades. En el número del 10 de septiembre de *Semana* se informaba que el padre de Sandra tuvo que esperar para verla al jueves 25 de agosto. Cuando por fin la vio estuvo solo. Rosario su esposa y Tatiana su hija mayor habrían permanecido con él ese día en la clínica sin que pudieran verla. Ellas sí conocieron tensiones, dificultades y negativas. Sorprende la cuarentena de más de 24 horas que debió soportar su padre para tener acceso a Sandra y de más de 48 horas la madre y la hermana. Es todavía más inexplicable que pudiese despedirme de Sandra antes que su madre y su hermana tuviesen la oportunidad de hacerlo. Ellas no contaron con el milagroso salvoconducto que supuso la presencia de Mayte en mi paso por el hospital. Una llave maestra que abrió de par en par todas las puertas, dándome una inaceptable prioridad en un asunto en el que los lazos familiares debieran prevalecer. Justo es reconocer el privilegio que me habría proporcionado haberme situado bajo el foco de unos servicios de inteligencia deseosos de conocer lo que pudo contarme Sandra la semana anterior. En alguna medida debería estar agradecido a estos servicios del Estado.

Ese mismo día veintiséis de agosto en que visité a Sandra en la UVI del hospital Francisco Franco, el diario *ABC* dio la detallada explicación de las causas y consecuencias de su accidente que se transcribe a continuación. No recuerdo cuando me enteré de esa noticia, pero no creo haberla comentado con la periodista que me acompañó en esos días, lo que habría roto el immaculado silencio que guardamos sobre el tema.

La versión oficial del motivo de su muerte tardó en gestarse. Habiéndose producido el suceso que acabó finalmente con su vida hacia la medianoche del día veintitrés o en la madrugada del veinticuatro de agosto, la prensa de Madrid debería haber informado de este hecho el día veinticinco. Eso hizo con un infortunado individuo que se lanzó al vacío desde un piso alto de la Torre de Madrid. Pero en el caso de Sandra no será hasta el día veintiséis de agosto cuando el diario *ABC* publique la noticia que habría de fijar el canon de su muerte:

Madrid. (*De nuestra Redacción*)

La actriz Sandra Mozarowsky se encuentra internada en la U.V.I de la Ciudad Sanitaria Provincial Francisco Franco con lesiones de carácter gravísimo, a consecuencia de una caída que sufrió cuando se hallaba regando las plantas, desde la terraza de su domicilio, sito en el cuarto piso de la calle Álvarez de Baena. [...] sufre una grave fractura craneal, varias costillas rotas y un brazo roto.

El hecho que la vivienda estuviera en un segundo piso no sería un error insignificante cuando tratamos de una caída mortal y debilita la poca confianza que inspira el resto de la información. Tampoco carece de importancia que la barandilla de la terraza fuese bastante alta, que sus barrotes tuviesen una curvatura de seguridad con un efecto equivalente a aumentar la anchura del pasamanos o borde superior y que las macetas estuviesen en la parte inferior de la barandilla y dentro de la terraza. Para rematar las dudas sobre la veracidad de la información de *ABC*, la edición de *El País* de ese mismo día veintiséis ponía de manifiesto que para este otro periódico las circunstancias del accidente seguían siendo un secreto.

Sandra Mozarowsky. Archivado en Actores Actrices Gente Accidentes Cine Sucesos Sociedad. [...] *La actriz sufrió una caída, pero se guarda silencio sobre la forma en que se produjo el accidente.*

Que la familia guardase silencio sobre la forma de producirse el accidente suena con el estrépito de un trueno en medio del silencio de la noche. Si el accidente fue tal como lo contó el diario *ABC*, la familia no hubiese demorado un instante en dar la triste noticia que responsabilizaba de lo sucedido a un muy negligente ángel custodio de Sandra. Pero la información de *El País* concuerda con el relato cronológico de los hechos que proporcionó días más tarde la revista *Semana*. Cuando los diarios llegaron temprano a los kioscos ese día 26 ni la madre de Sandra ni su hermana la habrían visto en la UVI y no tendrían un mínimo de seguridad sobre lo que había sucedido a la muchacha. La familia guardó silencio porque es la única actitud sensata de quien desconoce la respuesta a lo que se le pregunta. Mientras la familia callaba, el diario *ABC* canalizaba la información sobre el final de Sandra tan disciplinadamente como si se tratase de un diario hablado. Tras un comienzo esperanzador en cuanto a su independencia como medio de comunicación, *El País* se puso de perfil en el caso de Sandra y miró para otro lado. El 4 de septiembre el diario incluyó una breve nota en la sección *Gente*, la misma en la que publicó la primera información del accidente. Da por buena la versión oficial situando a Sandra en la terraza de su domicilio en un cuarto piso. En el breve se expurga de la versión oficial lo relativo al riego de las plantas, es el único vestigio de su antigua independencia y asunto

concluido. Mejor no andar molestando con la pregunta de por qué se demoraron tanto en su casa en decir que se cayó de la terraza de su casa. Mejor no hacerse preguntas.

- Día D+17, sábado 10 de septiembre. Se publica con gran retraso una entrevista urgente y se dan detalles del traslado de Sandra al hospital.

Por fin, el 10 de septiembre de 1977 la revista *Semana* publicó la entrevista que me hizo el 25 de agosto. La urgencia en informar del caso de Sandra se esfumó mostrando de nuevo su cara de asunto de Estado. En los dos números anteriores la revista no le dedicó una triste línea a la situación de una actriz cinematográfica con gran proyección y que tantas páginas había llenado. Como consecuencia de este apagón informativo, en un asunto del mayor relieve para las revistas del corazón, en el número del día 10 de septiembre se acumularon varios artículos sobre Sandra con olor a rancio. Es una paradoja que la revista nos reuniese a ella y a mí en sus páginas centrales. De un lado aparece la noticia de su traslado al hospital Francisco Franco, con el relato que habría aportado su familia y, en la página de enfrente, mi entrevista. Nunca nos hicimos una fotografía en la que estuviésemos juntos. Lo más parecido a esa foto que dejamos pendiente se encuentra en las páginas de una revista.

Cuando en su día leí mi entrevista en *Semana* debí sentir un profundo disgusto que me llevó a querer ignorarla, porque he osado escribir libros que tratan el final de Sandra sin tomarme la molestia de releerla. La Biblioteca Nacional de España me ha permitido recuperar el ejemplar del 10 de septiembre. Debieron ser cuestiones de márketing las que llevaron a titular el artículo: "Entrevista con Fernando G.C. el mejor amigo de Sandra". El título me parecería en su día desmesurado. Ahora no estoy tan seguro.

En la entrevista se mezclan informaciones ciertas con otras manipuladas. Estas últimas están alineadas y parecen perseguir un propósito. Entre las cosas que son razonablemente verdaderas se comenta que la semana anterior habíamos ido al cine a ver la película *Lenny*, sobre la vida del cómico americano Lenny Bruce. Que la conocí en la calle Rosales o que me pidió prestado un reloj que me devolvió y ese trato facilitó iniciar nuestra amistad.

Entre las cosas que son falsas se dice que el día que fuimos al cine: "ella estaba muy amable, simpática y contenta".

- *¿Pero no la encontraste un poco deprimida?*

-*No, todo lo contrario.*

- *¿Qué fue lo que te dijo [cuando hablamos por teléfono la última vez]?*

-Dijo que tenía ciertas perspectivas de cambio en su vida., para mi totalmente razonables. Es decir, eran ideas nuevas y originales.

Puro cuento. A comienzos de agosto, cuando las noticias sobre Sandra no era todavía un tema sometido a control estatal, el periodista Luis Milla en una entrevista que Sandra concedió a la revista *Lecturas*, informó del giro que quería dar la joven actriz a su vida profesional. No le falló el olfato a Luis Milla cuando dejó escrito en su artículo: “Es alegre por fuera pero nos da la impresión de que no lo es tanto por dentro. Nos parece nerviosa, intranquila, insatisfecha, esa es la palabra exacta”. Una parte de la manipulación informativa de mi entrevista, y supongo que también de otras, se habría dirigido a contrarrestar este certero testimonio periodístico. Cuando el 16 de agosto tuvimos nuestro encuentro ruinoso, Sandra llevaba algunas semanas rumiando un problema que la superaba. La llamada para vernos debió ser como la bengala que lanza el naufrago en medio de la noche. Yo también opté por mirar para otro lado.

La relectura de la insípida entrevista que me hizo la revista *Semana* supuso un salto cualitativo en mi percepción sobre el caso de Sandra. Pasé de la sospecha a la certeza acerca de la manipulación de la información. De la duda a la convicción. Una fuente común que operó con secretismo habría dictado el guion a diferentes medios de comunicación, tanto de la versión oficial del accidente de Sandra, como de los pormenores de su traslado al hospital. También alimentaría lo que se dijo sobre la situación previa de Sandra, porque estos relatos son piezas que se ensamblan de una misma historia o de un mismo cuento. De grado o por fuerza los medios de comunicación habrían obedecido las órdenes recibidas de los mismos servicios secretos que se tomaron su tiempo para comprobar que Sandra no me había dicho nada comprometedor ¿Sobre quién? Obviamente, sobre el jefe para el que trabajaban ¿Sobre qué? He aquí el dilema.

Muy poco después de publicarse mi insípida entrevista me llamó por teléfono Charo la mamá de Sandra para decirme de forma inusualmente cortante que anduviese con cuidado con lo que decía. Lo interpreté entonces como una innecesaria advertencia de no buscar notoriedad a costa de la fama de su hija lo que me produjo cierta irritación. Mucho después he pensado que Charo quiso darme el consejo de que me quedase calladito, lo que sería incluso mejor para no meterme en un buen lío que mostrar una ignorancia supina sobre la vida de Sandra.

La historia de un traslado

Compartiendo página con mi entrevista publicada el 10 de septiembre, *Semana* publica una minuciosa reconstrucción de lo sucedido aquella noche, basada en testimonios de familiares. El relato del traslado de Sandra al hospital que encontramos en la revista supera en extravagancia al de su accidente. La noticia decía que no fueron sus padres quienes llevaron a Sandra al hospital, aunque el accidente habría tenido lugar en su casa, mientras sus padres estaban despiertos y se disponían a

acostarse. Para ser una invención, el relato de los padres alcanza un *pathos* estremecedor, a la altura de las tragedias griegas.

El padre, se dice, escuchó aquella noche un tumulto que le llegaba de la calle y bajó a ver qué había sucedido. Allí pudo ver a través del cristal de la puerta el cuerpo de Sandra, pero no la reconoció y decidió volver al piso porque había olvidado las llaves del portal y claro, no es cosa de salir a la calle y que te pase lo que a Pedro Picapiedra por sacar a Dino. Una omisión fatal. Cuando bajó de nuevo a la calle varios individuos se le habían adelantado y se habían llevado al hospital a Sandra mal herida. Otros individuos le informaron que la accidentada era su hija. Por desgracia le habrían dado información errónea sobre dónde la llevaron, porque “salió desesperado hacia La Paz, donde pensó que habían ingresado a su hija”. En fin, para cortarse las venas.

La escena del traslado introduce súbitamente una abigarrada colección de actores de reparto: un estudiante que preparaba oposiciones o los exámenes de septiembre y que escuchó un grito, luego un impacto, miró por la ventana, vio un cuerpo tendido en el pavimento y fue raudo a recogerlo; un taxista solidario, el transeúnte primero y el transeúnte segundo que ayudaron al estudiante a trasladar el cuerpo de Sandra al hospital; el remanente de transeúntes que se quedó en la acera y fue capaz de reconocer a Sandra tendida en el suelo, pero no acertó a indicarle a Boris Mozarovski hacia qué hospital se encaminó el taxi.

Esta gente estuvo movida por un irrefrenable impulso de prestar socorro y habría tomado decisiones difíciles en un lapso mínimo. Fue tal el arrebato, que les inhibió el instinto que nos mueve mecánicamente a mirar hacia arriba ante una manifestación del poder destructivo de la fuerza de la gravedad, como la que tuvieron a sus pies sobre el pavimento. En la calle nadie miró hacia arriba, lo que hubiese dado pistas de la terraza desde la que podría haberse producido la caída y del portal de entrada a la vivienda. Allí habrían encontrado las luces interiores encendidas y una persona desolada tras los cristales.

Todos los testigos del accidente de Sandra se desvanecieron de inmediato y para siempre. Héroe sin rostro, celoso defensor de su anonimato, no dirán nada a unos medios de comunicación que tampoco se interesarán por ellos. Nadie les tomará declaración. Llegado el momento, tampoco subirán ningún comentario a internet del hecho excepcional del que fueron partícipes.

La inverosímil versión oficial del accidente de Sandra carece además de un relato mínimamente verosímil del traslado de su cuerpo malherido al hospital y de testimonios que lo confirmen. Una laguna gigantesca. Sin traslado no hay un punto de origen de lo trasladado y todo lo que se cuenta del accidente mortal sucede en un espacio imaginario. Desaparecen de pronto terrazas, barandillas, regaderas, maceteros y geranios. Lo mismo da hablar del piso dos, que del cuatro o del veinticuatro. Vuelven a las sombras de las que emergieron estudiantes, transeúntes y taxistas. Las pastillas para adelgazar y para tranquilizarse toman el camino de vuelta al pastillero. La noticia que dio el diario *ABC* de veintiséis de agosto de 1977 sobre el accidente de Sandra vuelve a ser un espacio en blanco en el rodillo de la rotativa.

- Día D+21, miércoles 14 de septiembre. Muerte de Sandra

Sandra falleció tres semanas después del accidente que le causó la muerte cerebral. Antes de que desapareciese casi por completo de mi vida, o eso creí ingenuamente, asistí discretamente a la despedida de este mundo en el tanatorio, a su entierro en el cementerio de Pozuelo y al funeral en su memoria que se ofició según el rito cristiano ortodoxo. El tanatorio al que llevaron el cuerpo sin vida de Sandra estaba situado en la calle Galileo, muy cerca de donde yo vivía, en lo que ahora es un centro cultural. Allí pude dar mis condolencias a su familia pero no prolongué mi estancia. Quedé algo decepcionado de no haber sabido iniciar alguna breve conversación de cortesía con sus dos hermanos o con la mamá. Al salir coincidí en el patio del edificio con la conocida actriz Bárbara Rey. Iba vestida con un conjunto de blusa y pantalón blanco con rayas. Bárbara estaba sola, parada sobre un pie mientras el otro y su espalda los apoyaba en la pared de ladrillo rojo del patio. Su postura era eficiente desde el punto de vista energético y no se veía forzada sino natural. Por entonces llevaba algunos meses frecuentando al rey Juan Carlos I, de quien cuenta que era todo un caballero que para su primer encuentro envió un auto con chófer oficial a recogerla y llevarla al palacio de la Zarzuela.

La súbita despedida de Sandra de este mundo quedó en mi memoria como un rutinario y expeditivo trámite administrativo. Daría por supuesto que debido a que mi amiga pasaba por una situación delicada se habría suicidado.

Una suma de coincidencias habría abonado inconscientemente el terreno en el que se asentó mi opinión sobre el final de Sandra. La tarde del encuentro ruinoso comenzamos yendo al cine *Alexandra*, hoy desaparecido, que estaba en la calle de San Bernardo. Allí vimos la película *Lenny*, basada en la vida del actor estadounidense Lenny Bruce, un integrante del selecto elenco pop que los *Beatles* inmortalizaron en la portada de su disco *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Como la película que vimos en el cine *Alexandra* sobre la vida de Lenny Bruce terminaba con su suicidio y Sandra, que era también actriz, se llamaba Alexandra y aquella última tarde no se encontraba bien, la asociación del final de la muchacha con el suicidio tuvo que operar en mí de forma automática.

Mi errado juicio sumarísimo ocupó el vacío que dejó la falta del resultado de la autopsia que practicaron a Sandra, sobre cuya inminente realización informaba la prensa del día siguiente a su fallecimiento. Este paso era obligatorio dentro del procedimiento judicial que debió instruirse al tratarse la suya de una muerte violenta.

La puerta se cerró sin hacer el menor ruido, pero es obvio que quedó mal cerrada. Al no haberse hecho público el resultado de la autopsia, esta omisión ha proporcionado un rico nutriente a las especulaciones acerca de la muerte de Sandra, pero hubiesen crecido igual de robustas con solo unas cucharadas del indigerible relato oficial.

Teoría conspiratoria sobre el final de Sandra

La versión oficial del accidente de Sandra resultaba absolutamente inmasticable pese a su intensa cocción. No tardarían en ponerse en circulación diversas versiones alternativas de su muerte. La variante más liviana hablaba de que Sandra pudo sufrir un desvanecimiento más o menos involuntario en su terraza por haber tomado una dosis inapropiada de píldoras para adelgazar. En su forma extrema estos rumores llegan a proponer que Sandra fue asesinada por los servicios de inteligencia o de seguridad del Estado, porque habría quedado embarazada del rey Juan Carlos I, lo que ponía en grave riesgo la compleja transición política que entonces se iniciaba. No falta quien incluso se atreve a avanzar el número de meses que llevaría embarazada.

Al no contar con información veraz acerca de los hechos que sucedieron aquella noche, esta teoría conspiratoria se construirá con piezas defectuosas de la versión oficial que, a su modo, también conspira contra la verdad. Por aceptarse como un dogma inamovible que el lugar en el que habría tenido lugar el accidente Sandra es la terraza de su casa, la mortal caída la habrían provocado agentes secretos que debieron ocultarse entre las macetas.

No obstante, si despojamos de superfluos elementos morbosos las diversas variantes de la teoría conspiratoria, en su núcleo hallaríamos un tema antiguo. Aquellos accidentes fatalmente inoportunos en los que se ven envueltos gente importante como “papas, emperadores o perlados”, con riesgo de que alguien descubra que no estaban donde se supone que debían estar, o que no hacían lo que se esperaba que estuvieran haciendo. A partir de ese momento, un grupo escogido y poco numeroso de leales servidores del poder pondrían todo su celo en ocultar lo sucedido. Si silenciar el accidente no fuese una solución válida, se inventaría alguna historia. Unas actuaciones amparadas por la cruda razón de Estado. Por el ejercicio impune del poder. Laureles y dinero compensarán a los leales servidores por mantener la boca cerrada o por inventarse historias.

Lo más probable es que Sandra fuese víctima de algún desafortunado accidente, de algún modo anticipado en su extraño deseo de recorrer kilómetros hasta perderse en la noche. Una premonición que se habría materializado de manera trágica a los pocos días de habérsela escuchado. Sandra no tenía vehículo propio ni licencia de conducir y creo que no había aprendido a manejar autos ni motocicletas. Debía estar acompañada por alguien cuando sufrió el mortal accidente que le fracturó el parietal y el peñasco izquierdos según informó el doctor Llauradó. No podía estar sola la noche del 23 de agosto cuando salió de su casa por su propio pie y no volvió. Todo parece indicar que Sandra habría sufrido un accidente fatal en unas circunstancias de lugar y tiempo fatalmente inoportunas... para su acompañante. Éste sería una muy alta autoridad del Estado, que habría puesto a trabajar a toda máquina a unos servicios secretos que actuaban bajo su dependencia directa, para borrar el enorme destrozo de su imagen que ocasionaría su presencia en un lugar y un tiempo de imposible justificación.

El caso de Sandra y la versión establecida en la actualidad

La chica debió salir de su casa por su propio pie en algún momento de la tarde o de la noche del día veintitrés, sin dar demasiadas explicaciones, y ya no volvió. El accidente de Sandra se habría producido en algún lugar apartado en los alrededores de Madrid al que habría ido sin decir a nadie o a casi nadie dónde iba. Esto facilita que hubiese pocos testigos del accidente y del traslado al hospital -que seguramente estarían sujetos a una estricta obediencia al mando- y que la información sobre lo sucedido se cerrase tras siete llaves. Se habría logrado un perfecto sellado de lo que sucedió aquella noche de agosto que ha resistido el paso del tiempo con pocas filtraciones, posiblemente originadas por disputas entre servicios secretos de las que se hablará someramente más adelante.

Recientemente en un entorno de mayor libertad de expresión y con la popularidad del rey Juan Carlos I por los suelos, la versión oficial ha sido sustituida por el nuevo canon del caso de Sandra que habla de una muerte en *extrañas circunstancias* vinculada a su relación con el rey. Por supuesto que la revista que me entrevistó y que tanta urgencia y celo puso en informar de lo sucedido a Sandra en 1977 se ha adherido a este relato. Como cualquiera puede imaginar el reemplazo entre las versiones se ha hecho sin mirar atrás, con total olvido de lo que antes se había dicho con tanto esmero y riqueza de detalles. La ausencia del menor juicio crítico sobre lo que entonces se dijo me lleva a suponer que también ha faltado dolor de los pecados y propósito de la enmienda.

Pero los medios no pueden borrar la huella de su pasado tan fácilmente. El teatrillo de títeres con estudiantes alerta, taxistas, transeúntes solidarios y todos los montajes escénicos siguen estando ahí dando testimonio de una forma oscura de informar. La muerte en *extrañas circunstancias* de Sandra es ante todo una capa de barniz que se superpone a unos bulos herrumbrosos sin aportar ningún avance en el conocimiento de los sucesos de aquella noche. La versión establecida en la actualidad sería la versión oficial con una mano de maquillaje para compensar sus errores. Se limita a sustituir creativas ficciones por expresiones difusas que no generan tanto rechazo. Pero las diferencias entre el riego de las plantas en la terraza de su casa y las actuales *extrañas circunstancias* son meramente formales y no de fondo.

Mientras que los medios de comunicación españoles al fijar el nuevo canon del caso de Sandra se conforman con una actualización de la versión oficial inicial, los extranjeros se refieren con mayor libertad al papel crucial de los servicios secretos en este asunto. Parece que la distancia mitigaría el riesgo de padecer la reacción de estos servicios cuando algo les molesta. En un documental germano británico de 2023 sobre el rey Juan Carlos I emitido por la cadena de televisión Sky personas cualificadas, incluso colaboradores de la casa real, comentarán que el rey habría cimentado su poder gracias al control absoluto de los servicios secretos. El espionaje al que Franco le tuvo sometido

durante su periodo de meritoriaje le habría sido útil para conocer la importancia de estos servicios que se pusieron en sus manos.

Es algo notable que cuando el documental de la cadena televisiva busque un ejemplo que ilustre la actuación de los servicios secretos para sacar al rey del atolladero, se elija el caso de Sandra Mozarovski entre las múltiples opciones disponibles. Cerca de cincuenta años después de dejarnos, el caso de Sandra se erige como el ejemplo perfecto del grado de manipulación de la verdad al que podía llegarse en un tiempo demasiado próximo a una dictadura. Sería un botón de muestra, que nada ha conseguido enterrar, del lado oscuro del tránsito hacia la democracia. El caso tenía todas las papeletas a favor para ser sepultado sin ruido bajo un costal de olvido. Sin ser una desconocida, Sandra todavía no había arraigado su presencia en la sociedad española como otras actrices omnipresentes en nuestro imaginario. Su carrera artística se desarrolló principalmente en un género coyuntural que no resistió el paso del tiempo. Durante décadas desapareció por completo su rastro en los medios de comunicación. Su familia ha guardado el más absoluto silencio sobre cualquier tema relacionado tanto con su vida como con su muerte. Pero nada de esto ha podido secar su memoria que como un río subterráneo aflora de tiempo en tiempo a la superficie venciendo el abismo del olvido.

Una grosera difamación visionaria

Las falsas informaciones acerca del final de Sandra que se publicaron entre agosto y septiembre de 1977 no carecen de sensibilidad. Hay algo delicado y romántico cuando se piensa en una muchacha que al llegar la noche apaga la sed de las plantas, que cuida con primor en su terraza. También encontramos un patetismo desgarrador en la escena del padre que ve un cuerpo yaciendo sobre el pavimento en medio de la noche, pero se comporta conforme al reglamento y decide subir a casa para tomar la llave del portal. No volverá a ver a su hija hasta casi dos días más tarde. Un tiempo que invadiría la mayor angustia imaginable. Cuando en mi entrevista se inventan la pregunta y la respuesta el tono no puede ser más cariñoso con Sandra. Como por ejemplo en el diálogo siguiente:

- ¿Cuáles son sus aficiones?

- Ella dibuja muy bien, y encima no lo decía y no le daba importancia. No es nada pedante.

Nunca supe de este talento de Sandra. No lo niego, pero me habría resultado imposible afirmar algo así. Hubiese sido más lógico responder que le gustaba la poesía porque me dedicó una redonda, o la danza, porque la había practicado.

Dejando a un lado que se trata de mentiras, los rasgos de cuidado y de respeto hacia las personas que en un principio encontramos en lo publicado del caso de Sandra, indicarían la firma de los servicios de inteligencia del Estado. El buen trato podría también deberse a la costumbre de las revistas de rellenar páginas del mejor modo posible con o sin verdaderas entrevistas en que basarse. Pero en este caso no parece que los profesionales de las revistas tuviesen mucho que decir. La información fue secuestrada desde el primer momento y se retuvo todo el tiempo que se juzgó necesario.

Cuando cerca de treinta años después de su muerte la investigación del misterio del reloj de infinita sabiduría me acercó al final de Sandra pensé que no habría novedades en este asunto. Estaba equivocado. Pronto encontré en internet las teorías conspiratorias y junto a ellas unas extrañas informaciones que no se interesaban en los últimos días de Sandra sino en sus últimos años de vida.

Una fuente anónima se había inventado un relato de su vida, aunque mejor sería hablar de su doble vida. La nueva información que se fabricó desviaba la atención del cuento de la caída de la terraza, para dirigirla a la cuestión de la moralidad de la actriz. Debí pensarse que una vida oscura restaría importancia al penoso relato de una muerte oscura. Los difamadores encontrarían pronto una idea simple que podría ser aceptada sin resistencia, incluso con morbosa complacencia, dados los prejuicios morales de la época. La mentira que echaron a rodar jugaba con la grosera asociación de actriz con puta. Una posibilidad que alcanzaría el grado de certeza incommovible si la actriz se hubiese prodigado en el género cinematográfico del destape. Algo parecido encontraríamos ya en la antigua Roma en la que prostitutas, actores y gladiadores, gente que trabajaba con su cuerpo, pertenecía a la clase social infame. Los gladiadores tendrían la posibilidad de superar su infamia con su popularidad, lo que difícilmente podría lograrse en las otras dos categorías. Ancestrales códigos sociales seguían vigentes cuando se dijo que Sandra tenía una doble vida en la que se dedicaba a la prostitución. Para qué preocuparse entonces por lo que ocurrió la noche de su accidente. Todos sabemos lo que pasa con esta gente que no es de fiar. Ellas se lo andan buscando.

Convencidos de que el viento de los prejuicios prestaría su impulso a un bulo, que no estaría muy alejado de las ensoñaciones de quienes lo lanzaron, se dijo entonces que cuando se apagaban los focos del estudio de filmación, Sandra ejercía la prostitución en diversos clubs de alterne. Uno de ellos sería un local sumamente conocido por todo Madrid que se ubicaba en la calle Oriente. No conozco a nadie que conociese este local sumamente conocido.

La misma información que nos ponía al tanto de la doble vida de Sandra servía para desvelar indirectamente un secreto bien guardado del celebrado “todo Madrid”: estar integrado por una manga de puteros. Sandra, se dijo, trabajaría para esta selecta clientela a las órdenes del actor Paco Martínez Soria. Como el veterano actor compaginaba su profesión artística con la de empresario teatral, a alguien le debió parecer el candidato ideal para regentar un imaginario prostíbulo, negocios que consideraría afines.

Hacia 2015 sentí curiosidad por conocer la calle Oriente. Es bastante estrecha y de unos escasos cincuenta metros de longitud. Entonces no había en ella ni un modesto bar. El objetivo de la nueva

oleada de manipulación de la información sobre Sandra giraba bruscamente de una caída mientras regaba los geranios, a otro tipo de caída a la que sería arrastrada por sus arriesgados paseos por el lado salvaje. Lo que no cambia es la estrategia de crear montajes teatrales con un amplio reparto de personajes zombis, ni tampoco el recurso a escenarios poco adaptados para localizar los hechos. La doble vida de Sandra dejaría numerosos testigos: el barman, los de la limpieza, el contable, el que guardaba las llaves del mueble del tabaco; todos ellos han desaparecido de la escena. Aunque resulte poco verosímil, podría haber alguna justificación para que el todo Madrid se comportase como una disciplinada secta secreta. Se inventaron una Sandra convertida en una puta de lujo a las órdenes de un macarra entrado en años y se olvidaron del resto del reparto y de los exteriores de la película. Una lástima, porque la localización escogida para situar el local de alterne, la calle Oriente, prometía con sus ecos exóticos.

Contra toda evidencia se difamará la memoria de Sandra, ignorándose además el papel de su honorable familia en la tutela de una menor y lo que conocimos de ella todos los que tuvimos la suerte de tratarla. En *Escríbeme si puedes* me atreví a hacer un retrato de la muchacha quinceañera que conocí. Las imágenes se sumergieron en el ambiente del tiempo que pasamos juntos procurando no agitarlo. Entre las líneas de su retrato se habría colado el recuerdo de la insoportable soledad que la tuvo maniatada durante nuestro último encuentro.

Era un pedazo de pan tierno, un cántaro de agua fresca, un racimo de uvas dulces. A su lado, en cada nuevo encuentro, uno se sentía tranquilamente dichoso, como quien tiene a mano un pedazo de pan tierno, un cántaro de agua fresca. Un angelito perdido en lo profundo del alma.

No se ha hecho ningún esfuerzo en precisar en qué momento comienza la difusión de estas difamaciones. Es notorio que nos encontramos con una fuente distinta de la que construyó la versión oficial del caso de Sandra, pues cuesta admitir un cambio tan drástico de estrategia de los servicios de inteligencia. Ahora solo se trata de destruir la imagen de una persona criminalizando su forma de vida, para lo que se emplea el estilo criminal de la policía secreta de la dictadura.

Las falsas informaciones fabricadas para dañar la imagen de Sandra son de manual, incluso de uno milenario como ha podido verse. Lo curioso del caso es que debo estar agradecido por igual a las dos fuentes, o a los dos momentos, de manipulación de la información sobre mi amiga. Si en un primer momento me dieron la oportunidad adentrarme en las entrañas del hospital Francisco Franco y despedirme de Sandra conforme a antiguos rituales, a la segunda oleada le debería una gran ayuda para vislumbrar la respuesta a una pregunta ineludible en esta historia ¿por qué Sandra?

Quienes enlodaron la imagen de Sandra no pudieron imaginar que con su rosario de difamaciones la acercaban a los umbrales del libro de la Revelación. No fue ésta, ni mucho menos, la primera señal de algo tan insólito. En el epitafio grabado en la piedra que corona la tumba de mi amiga encontraríamos otra a plena luz visible.

Es más común denominar este libro por la palabra con la que da comienzo, Apocalipsis, vocablo de origen griego que indica la acción de levantar un velo, de desvelar o revelar algo. En la misma órbita de estos significados giran destapar y destape, ámbito en el que Sandra desarrolló la mayor parte de su carrera artística.

Seguramente quienes inventaron la delirante historia que hacía de Sandra una prostituta de lujo no se percataron de que jugaban con fuego con ese personaje y también con los exteriores elegidos. Una prostituta de selecta clientela recuerda a la gran ramera que reina sobre los reyes de la tierra. Esto se dice en el capítulo 17 del Apocalipsis al tiempo que se identifica a la gran ramera con Babilonia. No hay forma de saber que les pasó por la cabeza a los maquinadores de la difamación de Sandra cuando se inventaron que ejercía la prostitución en un local de la calle Oriente. De Oriente vienen cada navidad los reyes magos persas o babilonios que buscaron a Dios estudiando estrellas y quizá por ello supieron también de Sandra.

Detrás de Babilonia la grande encontraríamos a Roma. El autor del libro, que dice llamarse Juan, habría comparado el daño que les causaba el imperio romano con el sufrido por sus antepasados judíos cuando la destrucción de Jerusalén por el rey Nabucodonosor II y el posterior exilio en Babilonia.

Pero hay otras Babilonias posibles distintas de la convertida en trasunto de Roma. El genio creativo de Jorge Luis Borges habría descubierto una nueva identidad de este lugar muy distinta de la opinión más extendida entre los estudiosos del Apocalipsis. Borges concluyó su cuento *La lotería de Babilonia* conjeturando que quizá la ciudad no fuese otra cosa que un infinito juego de azares. Abandonemos pues toda esperanza de regresar de nuestro exilio en Babilonia.

El grupo de amigos que nos reunimos la noche del accidente de Sandra compusimos en una esquina de Madrid una Babilonia que no bañaba el Éufrates y de cuyos sauces no colgaban arpas, pero a la que no le habría faltado lo esencial, sumergidos como estuvimos en un interminable juego de dados.

El vínculo entre Sandra y el libro de la Revelación, que encontramos en la segunda oleada de manipulación informativa, no se limitó a suponer que Babilonia podría ser un infinito juego de azares como imaginó Borges. Solo mi escasa afición por un libro que siempre me pareció soporífero y del que retenía unas pocas imágenes, podría explicar mi ceguera ante el hecho de que la última voluntad de Sandra, grabada en piedra y a la vista de todos, señalase en dirección al mensaje central del Apocalipsis, la muerte de la muerte. Aunque es mejor emplear expresiones menos graves y sea preferible hablar de la conservación de la conciencia.

Quiero dormir un rato.

Un rato, un minuto, un siglo.

Pero que todos sepan que no he muerto

Esto dicen los versos de la poesía *Gacela de la muerte oscura* de Federico García Lorca grabados en el bloque de piedra que corona la tumba de Sandra. Anuncian un despertar de la muerte en un tiempo a la escala humana, sin plazos milenarios, ni armagedones, ni emanaciones de humo, fuego y azufre, sino del modo sutil en que los antiguos griegos percibieron la conservación de la conciencia: las comunicaciones desde el *Más Allá*.

Lorca engulló el núcleo del *Apocalipsis* en tres versos como trompetazos de su poesía *Fábula y rueda de tres amigos*, que forma parte del poemario *Poeta en Nueva York*.

Pero se sabe que la sexta luna huyó torrente arriba,

y que el mar recordó ¡de pronto!

los nombres de todos sus ahogados.

Versos que parecen salir de la mano de Juan de Patmos cuando escribe:

Y entregó el mar los muertos que en él había, y la Muerte y el Hades entregaron sus muertos, y fue juzgado cada uno según sus obras. (Ap. 20:13)

Por increíble que pueda parecernos, Sandra habría derrotado la muerte como prometían los versos de Lorca que nos dejó en testamento, despertando de un sueño de duración comprensible: un rato que se alargó unos cuantos años. Su despertar se habría manifestado en comunicaciones desde el Más Allá. También Ifigenia, la princesa hija de Agamenón, rey de los griegos, se comunicará con su hermano Orestes después de despertar de un sueño algunos años después de haber sido sacrificada. Sandra habría cumplido la promesa de retornar que nos dejó escrita en piedra para hacerla indeleble. Lo haría de forma mítica, replicando el mito de Ifigenia tal y como Eurípides lo fijó en los versos de su tragedia *Ifigenia entre los Tauros*, aunque fuese en otra obra suya, *Helena*, donde, influido por Anaxágoras, el autor trágico hizo una mención explícita de la conservación de la conciencia (*nous*) después de la vida. Ya se ha comentado que para algunos filósofos los mitos serían verdades fundamentantes de la realidad y, por ello, el núcleo de la narración mítica demandaría su repetición. Unas reflexiones que a muchos les parecerán simple pensamiento mágico. Se cuenta con ello.

El poco original trabajo de destrucción de la imagen de Sandra que se llevó a cabo tuvo la venturosa consecuencia de situar a Sandra en la estela de la gran ramera del *Apocalipsis*. De manera excepcional y sin que sirva de precedente, Borges y Lorca habrían colaborado haciéndola recorrer los dos senderos en que se bifurca este término: la revelación, hacia un lado, y las postrimerías o fin de los tiempos hacia el otro. Sandra habría sido la guía espiritual de la revelación o destape de El secreto de El Viejo, que tiene que ver con el azar, y también habría reproducido el mito griego de la comunicación desde el Más Allá. Los senderos que se bifurcan, el de la vida y el de la muerte, se habrían juntado detrás de

los pasos de Sandra cuando su conciencia conservada se comunicó con la vida azarosa. Su muerte fue tan oscura como claro su testamento. Ella solo quería dormir un rato.

Sola o acompañada

En su libro *El asesino tímido* la escritora Clara Usón indaga de forma bien argumentada en los últimos momentos de Sandra. También Clara se fija en la incomprensible historia de su traslado al hospital que publicó *Semana*. Su conclusión es que la actriz se habría suicidado por desamor o algo parecido en su incipiente relación con el rey cuando estaba sola en su casa. Esa noche sus padres no la acompañaban. Pudo ser la ignorancia de los padres sobre cómo pudo ingresar su hija en el centro hospitalario lo que habría motivado las explicaciones disparatadas.

Esta aproximación al caso de Sandra no tiene en cuenta que quienes fabulan no son los padres, sino los servicios de inteligencia. Que los padres no estuviesen en su casa cuando se produjo el accidente ni añadiría ni restaría nada a la labor de los servicios de espionaje. Más aún, el suicidio de Sandra sola en su casa habría permitido que la labor de manipulación de la comunicación se concentrase en cortar las posibles conexiones de Sandra con su jefe sin empantanarse en otros temas como su traslado al hospital. Habría evitado que los servicios secretos tuviesen que ensamblar dos groseras ficciones: la caída de una terraza y el traslado desde esas coordenadas ficticias a un hospital, con el consiguiente riesgo de amplificar las inconsistencias del relato a medida que se añadían más detalles.

La pasos que habrían seguido los acontecimientos de aquella noche serían otros, con los padres en casa y Sandra fuera, lejos de la terraza. Como se ha explicado anteriormente, el caso de mi amiga formaría parte de aquellos accidentes fatalmente inoportunos en los que se ven envueltos gente muy importante, que Jorge Manrique condensó en el conjunto formado por “papas, emperadores o perlados”. El riesgo que sobreviene es que alguien descubra que gente de alto rango y jerarquía no estaba donde se supone que debían estar, o que no hacía lo que se esperaba que estuviera haciendo. No se desvelaría entonces la comisión de algún delito ni nada parecido. Solo se pondría de manifiesto la mentira que envolvía la sacrosanta imagen de la más alta autoridad del Estado que los medios de comunicación se afanaban en pulir noche y día.

Sandra habría salido por la puerta de su casa en algún momento de la tarde o la noche del día 23 de agosto para encontrarse con alguien. No habría estado sola esa noche. Alguien debía estar con ella. Finalmente se sostiene que lo más probable es que sufriera un accidente fatal en unas circunstancias de lugar y tiempo fatalmente inoportunas para su acompañante. Esta sería la clave de bóveda del caso de Sandra, el suceso que tuvo que soportar todas sus tensiones. La imperiosa necesidad que tuvieron los servicios secretos de inventarse el lugar del accidente, para ocultar aquel otro en el que realmente se produjo, porque allí también estaba su jefe. Esta circunstancia convertirá el caso de Sandra en un caso de Estado.

Final con extensión de conclusiones mediante la aplicación de la nueva teoría de las sincronicidades.

El TAO es oscuro cuando fijas tus ojos en pequeños fragmentos de tu existencia. Chuang-Tzu o Zhuangzhi (siglo IV a.C)

La extraordinaria coincidencia de la noche del accidente de Sandra cuando el cristal de mi reloj se hizo trizas y sus manecillas se detuvieron para siempre, quizá en el mismo instante en que ella era víctima de un accidente mortal, fue una experiencia inolvidable. El reloj por el que mi amiga sintió una irresistible atracción la misma tarde que nos conocimos y que me ligó a ella con un préstamo temporal, marcó con insuperable precisión el tiempo que le quedaba por delante en esta vida. Mero azar o sabiduría absoluta, esa es la cuestión, a la que daría respuesta una nueva teoría de las sincronicidades que postula un azar determinista gobernado por una conciencia única a la que damos con frecuencia el nombre de Dios.

Centrado en este reto más o menos académico, apenas le di importancia en mis dos primeros libros a lo que le habría sucedido a Sandra en sus últimas horas, pese a que estuve allí como un nuevo maestro Juan Martínez del que escribió Chaves Nogales. En el tercero llevé la exploración del caso de Sandra hasta el punto en que termina el apartado anterior.

El acompañante de Sandra la noche de su accidente sería una muy alta autoridad del Estado. Solo ella tendría capacidad para que los servicios secretos bajasen raudos como bomberos por la barra para atajar el incendio que, de llegar a conocerse, causaría su presencia en un lugar en el que de ninguna manera debía estar y en un momento en el que la fortuna mostró su peor cara. Pero los medios publicaron que en esos días el rey de España, don Juan Carlos, disfrutaba sus vacaciones lejos de Madrid. Incluso el día D, el 24 de agosto, habría mantenido una reunión privada con el canciller austriaco Bruno Kreisky a las siete de la tarde a bordo del yate *Fortuna* fondeado en Palma de Mallorca. Con la información racionalmente disponible la hipótesis anterior sobre el acompañante de Sandra la noche de su accidente debería rechazarse frontalmente.

Pero la falta de información racionalmente disponible no constituiría un obstáculo insuperable para el avance de una investigación que comenzó preguntándose cómo un reloj Seiko de esfera gris como el acero pudo adquirir un exacto conocimiento del devenir de Sandra y manifestarlo con un simbolismo comprensible. A esto debería añadirse que en su despedida de este mundo Sandra prometió con una fórmula poética volver pasado un tiempo y para Novalis la poesía era la genuina verdad absoluta.

En El secreto de El Viejo hice un tímido intento de ensanchar los estrechos límites temporales de la nueva teoría de las sincronicidades o de las coincidencias significativas. De no quedarme en el momento de la contemplación de la esfera estrellada de un reloj que detuvo sus manecillas la misma noche y quizá en el mismo instante del mortal accidente de Sandra. Amplié la perspectiva juntando varios fragmentos de ese día que guardaban entre si una íntima relación. La elección del reloj de pulsera que llevé ese día. El deseo de aparcar la motocicleta de mi amigo y el interminable juego de dados.

El día del accidente de Sandra pude haber tomado de la estantería de mi cuarto un reloj Edox de esfera negra. Mi padre me lo regaló algunos años después de haber hecho otro tanto con el reloj Seiko, al que no arrinconé, por lo que, de cuando en cuando, sin un criterio definido, cambiaba de modelo. De haber elegido ese día el reloj de esfera negra, esta decisión trivial habría debilitado la conexión entre mi caída de la motocicleta y el accidente mortal de Sandra. Esto plantea la importante cuestión de cuándo se iniciarían las interferencias débiles en el comportamiento de los participantes en una sincronicidad que permiten componer las coincidencias de significados que las definen. Comprender estas interferencias nos acercaría al secreto de El Viejo que aquella noche fue escenificado con gran arte por un interminable juego de dados.

Entre la elección esa mañana del reloj que ceñirme a la muñeca y la elección hacia la medianoche de una trayectoria determinada cuando maniobraba la motocicleta en el garaje de casa, se situaría mi llamada telefónica para contarle a Sandra una excusa inventada y eludir la reunión prevista. Si elecciones inocuas, o sin contenido moral, llegaron a componer la estrecha correspondencia simbólica del reloj que se hizo trizas cuando Sandra se fracturó el cráneo, una actuación con trasfondo moral parece reunir más motivos para exhibir alguna correspondencia con otros sucesos que vivió mi amiga ese día. Recuerdo que me excusé de asistir a la cita que acordamos para esa tarde diciéndole que había olvidado que tenía que ir al aeropuerto a recoger a mis padres que volvían de unas semanas de vacaciones en la isla de Mallorca. Una mentira insignificante, que se limitó a adelantar un par de días la fecha real del regreso de mis padres.

No sé cómo andaré el tema en la actualidad pero en aquella época lejana un privilegio muy valorado de los militares era disponer de residencias de verano. La situada en la bahía de Pollensa de la isla de Mallorca era lo más agradable que pueda imaginarse. No siempre se volaba en aviones comerciales ni se utilizaban las terminales públicas de los aeropuertos de Madrid y Palma de Mallorca en estos viajes. A veces los vuelos eran especiales y se empleaban zonas reservadas para militares en ambos aeropuertos. Lo recuerdo bien porque en esos años tuve la fortuna de acompañar a mis padres varios veranos en sus viajes a Pollensa. Agatha Christie, gran maestra del género policial, situó en esta ciudad costera, a pocos pasos de donde me alojaba, el escenario de una de sus novelas.

Sería algo absolutamente extraordinario que el acompañante de Sandra la noche de su accidente hubiese hecho ese día con el mayor sigilo el mismo recorrido que no hicieron mis padres. Aunque la

nueva teoría de las sincronicidades prevea cierto procedimiento empírico para verificar sus propuestas, de ser cierta la correspondencia entre mi pequeña mentira y la realidad, nos encontraríamos con una confirmación de la nueva teoría que pienso iría mucho más allá de las más ambiciosas expectativas. Mucho más allá de cualquier coincidencia imaginable. Mucho más allá de lo que exigiría el más riguroso procedimiento científico. El caso es que esta comprobación no requiere sofisticados y costosos diseños experimentales, pues alguien de los servicios secretos o de sus mandos políticos podría en algún momento confirmar o refutar lo que ahora se plantea. Lo mismo podría decirse de la familia de Sandra que ha mantenido una absoluta discreción sobre su accidente mortal todo este tiempo.

La nueva teoría de las sincronicidades que es en esencia un rudimentario tratado de teología del Espíritu, o de El Viejo, no sería el único legado trascendente de Sandra. No menor importancia tendría comprobar si de algún modo Sandra cumplió su promesa de despertar después de su muerte. Si su final no solo fue muy distinto de lo que dijeron los medios de comunicación de la época, sino también muy distinto de cuanto pueda pensarse, porque no hubo tal.

Fue en los días del paso entre junio y julio de 2006 cuando los amigos del colegio nos reunimos en una casa rural a los pies de las montañas que ascendimos varias veces en nuestra adolescencia. Era la forma de dar un mayor rango a las celebraciones por cumplir cincuenta años, lo que para la mayoría de nosotros tuvo lugar ese año. Estábamos ante las mismas montañas en las que la semana anterior a su accidente y en un gesto de desesperación le propuse a Sandra pasar un par de días. Ella en realidad no rechazó mi propuesta ni siquiera cuando la llamé la mañana de su accidente para contarle una excusa y posponer el encuentro en el que debíamos tratar los preparativos del viaje. Pudo considerar que la invitación quedó entonces abierta, plenamente disponible y pendiente de la fecha adecuada para hacerse realidad. El momento oportuno para cumplir su promesa grabada en piedra y volver después de dormir un rato, lo habría encontrado en nuestra celebración de 2006, seguramente atraída por su espesa atmósfera de amistad. Frente a nosotros, se erguían en el sector oriental de la sierra de Gredos las cumbres del alto del Mirlo y de un cerro con un nombre tan apropiado como la Escusa. Ella habría vuelto ese fin de semana en las notas de una canción popular argentina triste como un lamento que reprodujo un ordenador personal y escuché conmovido casi hasta las lágrimas. Esta vez no le presté mi reloj sino mis oídos para oír. Luego repetiría sus comunicaciones en una carta, una postal para ser más precisos y finalmente volvería a ver su imagen en una fotografía suya que llevaba perdida cerca de 20 años. Eran, convenientemente actualizados, los mismos tres medios que empleará Ifigenia, la nacida bella, después de morir sacrificada, para comunicarse con su hermano Orestes, el montañero. Esto lo cuentan los versos de Eurípides en su tragedia *Ifigenia entre los Tauros* o Toros, pueblo que habitó en lo que hoy es Crimea.

A la vuelta de ese fin de semana de celebraciones los amigos nos detuvimos un momento en la localidad abulense de El Tiemblo, próxima a nuestras queridas montañas, a visitar las macizas esculturas de los toros de Guisando que allí se encuentran. Estos toros de gran tamaño, labrados en piedra por el pueblo vetón, son más o menos contemporáneos de Eurípides. El toro es uno de los animales consagrados a Dionisos, el otro es el chivo. Dioniso era el dios que traía a la luz las almas de los muertos, una fórmula de gran belleza para referirse a las formas de volver a casa de los que nos

abandonaron para siempre. O eso creemos. Sentí una suave emoción al pasar mis manos sobre los lomos de las esculturas de toros aquella tarde. Ese leve estremecimiento podría deberse a múltiples razones y no tendría por qué responder a la intuición de estar ante una lograda rúbrica esculpida en piedra, de la vuelta a casa Sandra. Ella habría reproducido el mito que se esconde bajo la superficie de la tragedia *Ifigenia entre los Toros*, que es el de las las comunicaciones desde el Más Allá.

No deja de ser un hecho notable la cantidad de estudios de esta tragedia que se quedan en su espuma, llegando a considerarla una novela de aventuras. Puede que esto le hiciese felicísimo a Eurípides. Pero este gran autor trágico no habría conseguido su propósito de disimular los misterios entre la hojarasca de una trama plena de emoción y de genio creativo ante la mirada inquisitiva de un filósofo como Ludwig Schajowicz (1910-2003). En su obra *Mito y Existencia* el pensador nacido en Czernowitz, en lo que entonces era el imperio austrohúngaro y actualmente es Ucrania, al reflexionar sobre las tragedias vislumbró que transitaban el camino dionisiaco que conduce al misterio del renacimiento. Al profundo misterio de la comunicación desde el Mas Allá. Para Schajowicz “el verdadero núcleo de la tragedia griega es el renacimiento”.

Luego seguiría una nueva rúbrica en esa misma jornada en la que dábamos por terminada nuestras celebraciones. Antes de deshacerse la caravana de vehículos en que viajábamos para irnos cada uno a nuestro hogar, la fuerza centrípeta de la amistad nos llevó a detener los automóviles en la gran lonja que se extiende delante del palacio del infante Don Luis de Borbón, en la localidad de Boadilla del Monte. Allí tomamos algo y nos despedimos, esta vez de forma algo más duradera que las anteriores. Ni antes ni después de esta ocasión había visitado nuestro grupo de amigos los toros de Guisando ni el palacio del infante. No es momento para detenerse en la agitada vida de Don Luis de Borbón (1727-1785) al que siempre se le trató de infante. En cambio, es oportuno recordar que en los jardines de su palacio en Boadilla, de armónicas líneas neoclásicas que debemos al arquitecto Ventura Rodríguez, se filmaron los exteriores de *El otro árbol de Guernica*. Fue la primera película en la que intervino Sandra y estaba basada en un libro autobiográfico de idéntico título de Luis de Castresana. Sandra, en el papel de la niña Montserrat, muestra desde ese primer momento de su carrera artística una sorprendente facilidad para secuestrar la cámara en cuanto la enfoca.

El amplio jardín de este palacio se utilizó para rodar los exteriores del patio de recreo de un colegio o colonia en Bélgica que acogió a niños llegados del País Vasco, en las evacuaciones masivas que organizó el Gobierno Vasco con la asistencia del Gobierno Central. Tales evacuaciones se pusieron en marcha después del bombardeo de Bilbao en enero de 1937 con el objetivo de evitar que los niños estuviesen expuestos a nuevos bombardeos aéreos masivos, como los que pocos meses más tarde destruirán Durango y Guernica. Luis de Castresana fue uno de esos niños. Antes de pedirme prestado el reloj, casi al momento de conocernos, Sandra nos habló con entusiasmo de este primer paso de su carrera artística que la trajo al mismo punto en el que nos despedíamos los amigos. Parece que también quiso estampar su firma en el momento en que nuestras celebraciones llegaron a su fin. Aunque el grupo de amigos estudiamos en el colegio Decroly de Madrid y Montserrat lo hizo en Le Fleury de la ciudad belga Heiyst sur Mer, el nombre de nuestro colegio honra la memoria de Ovide Decroly (1871-1932), un avanzado pedagogo y docente belga.

Nuestra despedida ese fin de semana especial tuvo algo de excursión escolar en la que, a su regreso, el autobús se hubiese detenido en el patio de recreo del colegio de Sandra en vez de hacerlo en el nuestro. Otro detalle de la mayor sutileza que parece indicar como para entonces ella, que solo quiso dormir un rato, ya habría despertado al modo que lo hizo Ifigenia. Pero todo esto solo llega a vislumbrarse a través de la lente del mito, al que con frecuencia se considera una reliquia de un tiempo mágico anterior al conocimiento científico.

En cambio para Schajowicz afirma el mito sería una verdad fundamentante de la realidad que reflejaría una revelación del Ser. Este pensador da un paso hacia adelante y hace de algún modo falsable su posición sobre el mito cuando nos dice:

El mythos -o sea, la totalidad del sentido de la narración mítica- solicita que el hombre lo realice mediante la “repetición” de actos ejemplares.

Con un lenguaje no inclusivo habitual hace unas décadas Schajowicz anticipa la posibilidad de que el mito de Ifigenia, la nacida bella, entendido como el de las comunicaciones desde el Más Allá, solicitase a mi amiga Sandra que tuviese la gentileza de repetirlo. Una posibilidad que ella iluminó con unos versos, que son el lenguaje de la profecía, cuando al momento de despedirse alzó la voz para decirnos que viajaba con billete de ida y vuelta.